

LAS PRIMERAS IDEAS

REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS LETRAS Y ARTES

AÑO I



Montevideo, Setiembre 5 de 1892



NUM. 11

PERMANENTE

Siendo uno de los principales objetos de este periódico, fomentar el gusto literario é iniciar en el periodismo á los estudiantes de preparatorios, la Dirección advierte, que cada seis meses se cambiará la redacción; eligiendo el personal para ello, entre los compañeros que se hayan distinguido durante ese tiempo, mostrando mayores aptitudes.

Notas de Redacción

LA VIEJA EUROPA

Abandonando momentáneamente el teatro de nuestros sucesos, de nuestras pequeñas miserias estudiantiles y de los males que aflijen á la pátria, séanos permitido cruzar el Oceano y dirigir la vista hácia el viejo continente, imitando á los jóvenes campeones que, entre dos batallas, abandonan sus tareas guerreras para descansar un instante en los brazos de sus madres.

No es este, sin embargo, el momento mas á propósito para ocuparnos de la vieja Europa; dos flajelos terribles amenazan hoy al continente con sus energías destructoras: el cólera mórbus extendiéndose con el avasallador empuje de la lava desbordada y el socialismo comparable tambien con la lava por la potencia colosal de su fuerza expansiva, empleando el sistema de la dinamita para llevar á cabo sus proyectos niveladores.

En esta última cuestión, en esta página sangrienta de la historia del trabajo, grandes acontecimientos tienen un puesto reservado; es indudable que, como decía Voltaire en sus últimos días, profetizando la revolución francesa, las generaciones nacientes están destinadas á presenciar sucesos de magna importancia, y si el complot sangriento de Ravachol no abre una era nueva para la humanidad como la batalla de Valmy, la prédica sensata y temp'ada del socialismo por las inteligencias serenas que le rinden culto, podrá poner sin duda alguna en peligro el régimen social que existe actualmente en Europa.

No seremos nosotros ciertamente, los que nos consideremos suficientemente preparados para dar un juicio sobre la revolución que se prepara; las más sólidas inteligencias vacilan al abordar tan grave cuestión y aunque contemos nosotros con la inocencia rara vez falible de los espíritus nuevos, aunque la voz de la juventud sea casi siempre la voz instintiva de la conciencia, libre de trabas y de prejuizados, no nos atrevemos á fallar en ese grave litigio político social. Si los sufrimientos indescriptibles de las clases menesterosas, colocadas bajo todos los azotes, expuestas á todos los abusos, traficando con su vida, con su salud, con su honra para conseguir pan, conmueven profundamente nuestro ánimo, no son por cierto las explosiones de dinamita las que puedan robustecer nuestras ideas igualitarias. Sin embargo esto último es llevar la cuestión á esferas demasiado estrechas y limitadas; el oprimido siempre es simpático; nadie puede tener simpatía por el asesino pero, con todo la dinamita posee un lenguaje elocuentísimo para hablar en defensa de la humanidad vejada y oprimida. Germinia Lacerteux, la desgraciada heroína de Julio y Edmundo de Goncourt, im-

presiona demasiado para que no tengamos palabras compasivas para los infortunios del pueblo. Germinia, conducida por las dificultades de su vida á los más vergonzosos extremos de la corrupción y del vicio, es la representación de ese pueblo, bueno y noble por naturaleza, extraviado hasta un grado extremo en ciertas ocasiones por los sufrimientos y torturas de un perpétuo cautiverio.

Sin embargo nos vamos extraviando, y después de habernos excusado de dar nuestra opinión acerca del socialismo casi hemos abordado esa difícil cuestión; no es apesar de todo la más embarazosa que puede presentarse, como no es tampoco el socialismo la amenaza más terrible contra la tranquilidad continental. La guerra, ese tremendo azote que, disminuyendo en su frecuencia, aumenta en cuanto á su intensidad, aparece como un fantasma amenazador, llenando de temor y de zozobra a todos los pueblos y á todos los gobiernos; la Francia, otra Germinia Lacer-teux, agriada por las ingraticudes de un continente que le debe movimiento tan bienhechor y saludable como la revolución de 1789. La Francia, decimos, sueña con planes insensatos de reivindicación de derechos perdidos, en tanto que Alemania victoriosa conserva en rehenes á dos de sus hijas, Alsacia y Lorena, girando en torno de las potencias rivales, en órbitas más ó menos estrechas, las demás naciones de la vieja Europa.

¡Ay del continente si la más leve desviación en la carrera de esos astros llega á producir un choque! La guerra de treinta años, aquella conflagración colosal que agitó á la Europa en un torbellino infernal, volvería á tener lugar con algunas variaciones, más encarnizada y más terrible quizá por la violencia de los odios comprimidos largo tiempo.

No es nuestro ánimo en este artículo deprimir al pueblo alemán; de ningún modo. Si ha correspondido á la Francia la misión de darnos la libertad de que gozamos hoy día, la misión de revisar de tiempo en tiempo, no solo las leyes de la vida europea, como dice Leopoldo de Ranke sino también las leyes de toda la humanidad, no es menos cierto que debemos á la raza Sajona, importantísimas revoluciones que han actuado como fuerzas generadoras en el mismo movimiento de 1789. La historia, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, es una larga cadena; el *fiat lux* de las leyendas genesiáticas, no tiene aceptación en las grandes creaciones históricas. Las épocas se levantan sobre las que pasaron, aprovechando las partes sólidas, imperecederas de los edificios que se derrumban, y tomando con alguna amplitud la revolución de 1789 encontraremos que tiene estrechos vínculos de parentesco con las tentativas liberales producidas en tiempos ya bastante lejanos; por el esfuerzo de las razas germanas.

Pero, sin que esto importe, como decimos, ingratitud para con estas razas, nuestras simpatías en el momento actual son por la Francia, porque es una de las buenas condiciones de la naturaleza humana el amor al vencido, condición que no pensamos ni remotamente en refrenar.

En las luchas contra la ambición napoleónica, cuando la reina de Prusia moría de dolor después de sufrir la pérdida casi completa de sus estados, nos inclinamos al pueblo Prusiano y nos sentimos conmovidos por el espectáculo de aquella reina hermosa y noble recorriendo las filas de sus tropas antes de la campaña y tratando de animar á sus rudos guerreros con los delicados sentimientos que encerraba su alma.

El caso actual es muy distinto: los sucesos de 1871 son

muy recientes; aun parece llegar á los oídos el estruendo de las descargas que cortaban la existencia de jóvenes generosos y puros, arrancados por la potencia eléctrica del patriotismo á las tranquilas tareas del estudio para ir á morir como bravos en las trincheras de París; la Francia, alucinada como las madres que pierden á sus hijos, cree oír aún la voz de aquellos jóvenes; sus risas, aquellas alegres carcajadas que aturdían á los que frecuentaban los barrios estudiantiles, no se han extinguido aún; el paso del ejército prusiano por debajo de los arcos de triunfo, no ha sido borrado por el paso victorioso de un ejército francés; la choza del campesino conserva la marca del fuego prusiano y el labrador en sus tareas diarias, encontrando en todas partes recuerdos del pasado, teme aún encontrar á cada paso los restos de algún franco-tirador.

Más aun cuando el alma conmovida conserva cuidadosamente todos esos recuerdos, si ellos han de servir para despertar odios feroces entre dos pueblos rivales es un deber olvidarlos. Al fin y al cabo si grandes han sido las torturas del pueblo francés en sus horas de derrota, grande fué la arrogancia y dureza de sus mandatarios durante la victoria; Mme. Stael ha dicho en sus «Consideraciones sobre la Revolución Francesa», que los arrebatos sangrientos de los pueblos son producidos por desgracias pasadas y que siempre á grandes sufrimientos corresponden grandes represalias, y si esto es cierto, debemos ser menos severos con el invasor alemán, herido por las torturas y los vejámenes que le impusiera un día Napoleón I.

Pero, que no siga la Francia el sistema de la *vendetta*; perdonen los pueblos; dejen de ser implacables; que una época no sea el castigo de la época pasada; que en los

días venideros no se transforme en sistema de política internacional el grito de venganza de los degolladores de Setiembre: *Souviens-toi de la Saint-Bartelemy.*

J. A. R.

IDILIO CRIOLLO

POR DOMINGO ARENA

Leído en la velada organizada por los estudiantes de Preparatorios

(Conclusión)

Se levantaron, montaron á caballo y tristes y silenciosos se dirijieron á la estancia. El sol se ponía de una manera magestuosamente tranquilo, sin que la mas pequeña nube en el cielo de un vivísimo azul, debilitara su último resplandor. Ya oculto, reflejaba netamente su disco en la límpida atmósfera, como si hubiese querido detenerse un momento para arrojar una última mirada á aquel pedazo de tierra que se adormecía. En la extensa llanura interrumpida á lo léjos por el lomo ceniciento de la sierra, todo callaba; solo los terutereros dejaban oír un importuno grito revoloteando al rededor de la pareja que cabalgaba.

Agueda iba impaciente castigando lo sin cesar á su caballo que se mostraba asustado. De repente este se espantó y ella olvidándolo todo le dió un fuerte rebencazo en la cabeza.

El caballo lanzó un relincho de dolor y encabritándose dió un gran salto que Agueda poco ginete no pudo resistir y dando un grito de miedo, soltó las riendas inclinándose á un lado.

Se caía... pero en ese instante, Facundo que era un ginete consumado, cerró piernas á su caballo y de una atropellada se le puso al lado, y cuando su cuerpo ya osci-

laba en el aire la tomó entre sus brazos como una pluma, estrechándola contra sí con ánsia hasta desvanecerla.

Ella con un movimiento instintivo trenzó sus brazos alrededor de su cuello y permaneció un momento con la cabeza caída, los ojos cerrados, palpitante, pálida y con los párpados coloreados debajo de las negras cejas, como si asomaran en ellos las llamaradas de su alma. Enseguida volvió en sí, y al sentirse estrechada contra aquel pecho tembloroso, deslumbrada, arrastrada por el torrente de pasión que brotaban de sus ojos centellantes, no fué dueña de sí, y lejos de desasirse estrechó más los brazos, y levantando la cabeza, juntó con los labios secos de él, los suyos ardorosos, mezclando así aquellos alientos que hacía tanto anhelaban confundirse

Y entonces el manso oscuro que había permanecido casi sin movimiento, se lanzó á la carrera voló, como si quisiese llevarlos á un lugar mas solo que la misma soledad; mas ancho que la llanura inmensa de los campos, lejos, muy lejos; mas allá de la tierra, demasiado mezquina para contener aquel vértigo de pasión.

Domingo Arenas

Marzo, 1892

EL ORIGEN DEL HOMBRE (1)

Consideraciones intelectuales.—Alcance de la teoría de Darwin.—Generación espontánea.

Los partidarios del origen simiano del hombre se preocupan, casi exclusivamente, de buscar analogías entre nuestro esqueleto y el del mono. ¿Por qué sucede esto?

Porque si se examinaran otros órganos se llegaría á

(1) Este trabajo complementa al que con igual título, fué publicado en los números 6 y 7 de este periódico.

una conclusión que probaría todo lo que hay de irracional en aproximamientos de esta clase. En efecto, si el hombre tiene la estructura huesosa del mono, tiene también la estructura anatómica de muchos otros animales.

¿Las vísceras de la digestión, no son las mismas, no tienen el mismo plan de estructura en el hombre que en los animales carnívoros? ¿Nuestro estómago, intestinos, riñones, pulmones y corazón no están hechos como los del tigre y los del león? ¿Diremos, por esto, que el hombre descende del tigre, que no es más que un león perfeccionado ó un gato hecho hombre?—(Figuier)

Muchos, no se contentan con decir que el hombre por su esqueleto, no difiere en nada del mono, sino que también enseñan que del instinto animal al entendimiento humano no vá otra diferencia que de más á menos.—La perversa doctrina lanza su ponzoña con disimulo, y el veneno así cunde, contamina y corrompe hasta el punto de que hombres sesudos y doctos, caen en el error. Maravillado Bischoff de ello dice: «Las diferencias entre el hombre y el mono mas perfecto no se limitan al ángulo facial, á la posición del agujero occipital, á la disposición y hechura de los dientes, al tamaño del cerebro, al orden de las circunvoluciones, á la conformación de las extremidades, ni á otros puntos aislados: no, sino que se extienden á los menores detalles, resultando de todos ellos un efecto general más asombroso que de los rasgos principales.»

Además, para calificar á un sér que pertenece á la creación sensible, no basta pesar sus propiedades materiales y visibles, es necesario estudiar y estimar el metal de sus singulares potencias, y examinando su valor, señalarle el lugar que en la escala natural le corresponde y

compete. «¿Por qué, decía Buffón, desterrar de la historia natural del hombre, la parte más noble que tiene?»

Lo mismo viene á decir Quatrefages. «¿El hombre es ó no diferente de los animales por fenómenos importantes, característicos, totalmente extraños á ellos?»

«Sobre cuarenta años hace ya que respondí afirmativamente á esta pregunta: mi persuasión puesta á prueba en muchas disputas, ha ido fortaleciéndose de día en día. El alma humana es para mí la causa desconocida de los fenómenos exclusivamente humanos, que solamente en el hombre aparecen, siendo imposible negar cuan grande importancia tienen: por ellos se aventaja el hombre al bruto, como el conocimiento dá exceso al animal sobre el vegetal, y la vida al vegetal sobre el mineral. Tales son los atributos del reino, que llamaremos el *reino humano*.

Si el alma racional es parte tan constitutiva del hombre que le dá ser substancial y unidad de persona, si el hombre es respecto del animal lo que puede ser la planta respecto de la torpe substancia de los minerales; si en toda clasificación bien ordenada deben campear aquellas notas que individualicen con más propiedad la índole de los seres; no puede ser sinó que al naturalista le cumpla atender á los efectos del alma humana, notar sus relaciones, estimar su primor y poner de relieve su no comparable excelencia. ¿O diremos que le toca al naturalista solamente el oficio de contar, medir y celebrar los caracteres que nos hacen confines con los animales, pudiendo cerrar los ojos y desechar como inútiles los que de ellos nos separan? Si ciertos autores principalmente de zoología arrastrasen los áridos problemas de la psicología y se acostumbrasen á poner en los efectos del alma, el cuidado que ponen en los rumbos de la materia, no se habría que

lamentar los despropósitos que se enseñan, ó amenudo se leen en los libros modernos. (Mir)

«La gran distancia intelectual que nos separa de los animales, dice Tylor. (1) puede medirse por la diferencia entre los medios rudos de que éstos disponen para comunicarse y entenderse y la capacidad del hombre para el lenguaje perfecto. Y no estriba precisamente esta diferencia en que los más elevados monos antropoideos carecen de lenguaje, sino en que carecen también de la organización cerebral necesaria para adquirir sus rudimentos. El poder del hombre de valerse de una palabra ó un gesto como símbolo de sus ideas y medio de dárlas á conocer, es uno de los puntos en que más lo vemos diferenciarse de las especies inferiores, partiendo hacia la más preciada de sus conquistas, á través de las más elevadas regiones intelectuales. La conclusión más segura que se deduce de los hechos, es que la maquinaria mental de los animales inferiores es semejante á la nuestra hasta cierto límite mas allá del cual la inteligencia humana divisa ámplios horizontes de sentimientos é ideas, que la inteligencia animal, no dá señales de vislumbrar siquiera. En realidad la facultad del lenguaje hablado suministra la distinción más clara que puede establecerse entre la acción intelectual de los hombres y de los animales.»

Esto dice Tylor que es darwinista y no causará poco asombro el saber que M. de Quatrefages que sostiene y defiende el reino humano, haya caído en el increíble error de decir que no distinguen al hombre los actos de su entendimiento y su lenguaje. «Cuanto más discuro, dice él, más me confirmo en que el hombre y la bestia piensan y raciocinan por una facultad que les es común y que en el

(1) Tylor : Antropología, pág. 60.

primero está mucho más desplegada que en el segundo. Y lo que digo del entendimiento no reparo en afirmarlo del *lenguaje*, que es la más alta manifestación de la inteligencia.»

Pronto vamos á convencernos que lo que se sostiene en el citado párrafo no es cierto. Sabemos que estando nuestra alma substancialmente unida con nuestro cuerpo, de manera que forman ambos un solo ser, son necesarios signos sensibles que den noticia de los pensamientos á los seres con quienes tratamos. Estos signos pueden ser instintivos ó artificiales; los instintivos, tales como suspiros, gestos, etc., expresan las sensaciones y la interna disposición con más ó ménos exactitud; pero los artificiales como el lenguaje, parecen los más á propósito para representar con acierto los afectos y pensamientos del alma.

Entre las señales y expresiones de los conceptos sobresalen las palabras que, según el arbitrio de los hombres, figuran determinadas ideas. La mano, es uno de los principales órganos que tiene el hombre para comunicarse con sus semejantes. Hablar con la mano es casi tan común como con la lengua. Por ejemplo, los sordo-mudos, que sin el socorro de la mano, serían seres mucho más desgraciados; en las escuelas en las cuales se usa del tacto para enseñar á discurrir á los niños más imbéciles, y en donde los maestros mediante los gestos de la mano llevan á sus alumnos á la cumbre de las ideas intelectuales; y en fin, los padres de familia que usan de la mímica para hacerse comprender por sus hijos. ¿Y por qué ha llegado el arte de la mímica á tal grado de la perfección, sino porque las sordo-mudos son individuos dotados de raciocinio y porque el ejercicio de la palabra allanó la

mayor parte de las dificultades? «Hagan la prueba, dice Hamard, den educación al mono más listo de la escala zoológica; traten de enseñarle con esmero á escribir, y si como pretende M. de Quatrefages, el animal estuviese enriquecido con nuestras facultades intelectuales, el mono debiera ser susceptible de educación tanto como el sordomudo, que en lo físico se halla menos favorecido por la naturaleza. ¿En qué consiste esa infinita distancia, sinó en que el hombre posee una potencia de que carecen los seres inferiores? El artificio de los signos simbólicos y de las figuras de la mímica, sería trabajo vano si estuviesen privados de la facultad de expresar sus ideas y de comunicarse con sus semejantes; pero dicha facultad *basta por sí sola* al hombre, en cualquier ocasión para significar lo que quiere, lo que siente, lo que le conviene hacer.»

El órgano de la voz, los sonidos y la manera de producirlos podrán ser iguales en el hombre y en el animal irracional; pero cuando el hombre articula palabras, lleva el intento de comunicar sus conceptos; los animales, al contrario, aunque algo manifiesten, no lo hacen con esa intención. Sus ademanes, voces, trampas, ardidés, etc., tienden á la propia conservación, al bien del individuo ó de la especie; pero no para hacer á otros partícipes de sus internas disposiciones. Deleítanse entre sí las hormigas, comunícense las abejas, solázanse en comun los castores, júntanse á retorzar los potros; mas estas demostraciones no salen de la esfera sensitiva, se limitan á satisfacer una pasión, una inclinación natural.

A un ser dotado de razón, no le sería difícil, no digo inventar un idioma, pero al menos aprender el que le enseñasen y gozar el trato de otros seres que poseen raciocinio como nosotros. Mas como tal empresa requiere cono-

cimiento de relaciones y ejercicio de raciocinio, por mucho que el hombre se esfuerce, no conseguirá enseñar al animal mejor dispuesto, no ya un idioma, sinó que ni aún la verdadera mímica, la expresión mediante el gesto.

La diferencia entre el hombre y los irracionales, no consiste en que éstos carezcan de condiciones para articular, porque como Buffón lo declaró, el mono está provisto de todos los requisitos para ello, y aun tiene lengua tan expedita como el hombre; pero el poseer aparatos nada prueba, pues son una mera condición y no la substancia del lenguaje: lo importante é indispensable para esto, es la inteligencia y el concepto. No se diga, pues, que la mala traza de la laringe, ó la torpeza de la lengua, ó la cavidad de la boca, son estorbo al ejercicio del habla; confiesen, por el contrario, que es una gran maravilla, que los animales que tienen órganos bien acomodados, no sepan ejercitarlos. ¿Por qué el balido de las ovejas, los trinos de los ruiseñores, el castañeteo de las monas, el silbido de las serpientes, el rugido de los leones, y otras voces semejantes, son articulaciones imperfectas, sin hermosura y sin expresión? ¿Y por qué al hombre le es dado hacer sonar, letras vocales con incomparable limpieza, broncas consonantes con suma facilidad, sino porque á él solo le es concedida la facultad de pensar y la de elegir, de declarar, en fin, sus conceptos con la lengua, para cuyo desempeño se requieren ambas potencias?

Por lo tanto discurren sin concierto los que hacen al bruto partícipe del privilegio del habla que es *exclusivo* del hombre. Vários sonidos, palabras enteras, frases compuestas, pueden enunciar los irracionales; ¿por qué no pueden darles sentido, ni ordenarlos según la expresión de sus sentimientos, sinó porque el hacer voces dignas de

sentido, solo les es dado á los que gozan del habla interna, y no á los destituidos de intension discursiva?

Lo más que puede el hombre conseguir de una bestia es que articule una frase dispuesta de antemano y hablada por él; todo cuanto sale del terreno de lo mecánico y pasa á lo moral é intelectual, es vano intento pedirselo á seres irracionales; y es por consiguiente una gran verdad el dicho de Aristóteles: *si del bruto es la voz, solo del hombre es el habla.*

§ Todas las bestias carecen de la facultad de juzgar, porque si la tuviesen, elegirían entre varios medios, el más expedito al logro de su intento. Si obraran con discurso no siempre seguirían un proceder en su vida, y bien sabido es que la uniformidad en su distintivo, aún en los casos más imprevistos, y en los lances más apretados: lo mismo hacen hoy que en siglos pasados. Si porque hay orden y uniformidad en las obras de las bestias, les concedemos talento, será menester concedérselo también al sol, planetas y estrellas, á las plantas y demás cosas corporales. Porque ¿quién si advirtiese las combinaciones químicas, los problemas de mecánica y la ejecución ordenada de las leyes naturales que se obran en un gabinete, en una máquina, en la atmósfera, no confesará que todas las cosas poseen algo semejante á la razón, que es la suprema inteligencia del Creador, que las gobierna con sus incontrastables leyes? No basta, pues, la uniformidad y el orden que vemos en los animales para concederles la prerogativa del entendimiento.

Si algunas obras salen del círculo de esa uniformidad se explican bien por la excitación de su fantasía, ó por impresiones que les vienen de fuera. Los brutos que pertenecen á una especie, han tenido siempre la misma, ma-

nera de proceder en todas sus cosas, á no ser que alguna causa externa haya interrumpido y desconcertado sus maniobras, y esta constante inclinación demuestra la escasez de sus conocimientos. El castor, que por lo común edifica sus habitaciones en la orilla de los ríos, se contenta en algunos puntos de Europa, con abrir en la ribera, un agujero donde esconderse y esquivar la vista del hombre. Las abejas de Europa llevadas á las Antillas, no fabrican panales, y lo mismo acontece con todos los irracionales. Mas este poder que les quita para obrar, no es cambio de instinto, ni mudanza de inclinaciones, es solo impedimento que ponen las circunstancias locales á sus instintivas manifestaciones, y no puede llamarse progreso.

Los monos, como el resto de los irracionales, sienten exterior é interiormente, están dotados de fantasía y de memoria sensitiva y poseen conocimiento y apetito de cosas puramente materiales. Al paso que la vida sensitiva los hace más excelentes que las plantas, los hace inferiores al hombre por la falta de inteligencia. (1) Un principio los animales, mortal, pero no material; activo pero caduco; perceptible, pero *no racional*, ni libre.

Teniendo nuestro entendimiento la excelente prerrogativa de abstraer de muchos individuos, las circunstancias singulares, apura y acrisola las nociones y llega á formarse idea de substancia, de existencia, de sér, y comparando entre sí sus conceptos, juzga, y juzgando raciona, y racionando acrecienta el tesoro de verdades, y pertrechado con ellas

(1) Despues de leida esta conferencia, suscitóse una animada discusión, sobre las ideas que en ella sostengo. Al final de dicha discusión mis distinguidos replicantes, limitáronse á sostener que los animales tienen un poco de inteligencia. Admito por un momento, tal suposición, y pregunto: con ello ¿qué se me ha demostrado? ¿acaso, se prueba con eso, que el hombre desciende del mono?—No, y por lo tanto, aun haciéndoles esa concesión, subsisten todos mis argumentos.

dilata su imperio sobre la región de los bienes sensibles. Mas, el mono, como todas las otras bestias, ni adelanta, ni da un paso para mejorar sus obras, porque no posee conocimientos universales en que estribar. Y no es que le falten nociones concretas, pues en ellas se resuelve todo su poderío, y en ellas vive como atollado y pegado, pero sin el don de abstraer, falto de entendimiento, no pudiendo labrar aquella delgadez y sutileza de los conceptos universales, no puede salir de su monótona vida. ⁽¹⁾

(Continuará)

Celedonio Nin y Silva

HOMERO ⁽²⁾

(Traducido del "Dictionnaire Universel des Litteratures" de Gustave Vaperau

POR ALFREDO VARZI

Una cuestión domina sobre todas las emitidas con respecto á Homero por la crítica moderna: la de saber si, realmente, ha existido. Remontándose á la época en que los Griegos empezaron á recojer, en sus narraciones históricas las tradiciones del pasado, es decir, al siglo VI ántes de nuestra era, se ve designado á Homero, no solamente como el autor de la *Iliada* y la *Odisea*, si no como el de la mayor parte de los poemas que componen el cielo épico, de los himnos conocidos bajo el nombre de «Himnos homéricos» y de muchas producciones satíricas. En general, las obras poéticas que celebraban las azañas de los héroes tambien le eran atribuidas, así como se ponía bajo el nombre de Hesiodo aquellos que exponían las genealogías de los héroes y de los dioses. Esta irreflexiva

(1) La mayor parte de lo que antecede des le *consideraciones intelectuales*, pertenece al Sr. Mir, de su obra «La Creación.»

(2) La publicación de esta traducción responde á un pedido que nos han dirigido varios estudiantes de historia literaria.

creencia que hacía de él un sér mítico, una personificación de la poesía épica, se modificó y entró en los límites humanos, seguida de los trabajos emprendidos por los críticos alejandrinos. Luego la reacción y el espíritu de duda contra las antiguas tradiciones fueron llevados más lejos.

Hubo escritores que atribuyeron la *Iliada* y la *Odisea* á dos autores diferentes, y recibieron el nombre de *chorizontes*, es decir, separadores; otros, presentaron esos poemas como el conjunto de porciones separadas, cuya reunión no había tenido lugar sino bajo Pisistrato. La decadencia de las letras griegas y latinas pone fin á estas investigaciones y debates. En la Edad media, y, aún mucho tiempo después del Renacimiento, se repitió de Homero lo que se había recogido de documentos sin autenticidad.

Estos documentos eran: una *Vida de Homero*, falsamente atribuida á Heriodolo y hecha, cuando antes, un siglo a. J. C.; una *Vida*, atribuida sin más fundamento, á Piutarco, pero que, en todo caso, no era más que del siglo II^o después de J. C.; una *Vida* por Proclus (no el filósofo) que es del mismo siglo; después cuatro biografías anónimas y otras compuestas en el siglo XI por Suidas.

Este conjunto de trabajos, el más antiguo de los cuales es posterior en cerca de mil años al poeta, nos ha mostrado el personaje de Homero tal como se representaba todavía, hace muy poco tiempo, á los alumnos de nuestros colegios.

Hé aquí, en resúmen, lo que, durante diez y ocho siglos se ha tenido por verdadero sobre el cantor de la *Iliada* y la *Odisea*. Su madre, llamada Critheis, era originaria de Cima. Nació en Esmirna, en las orillas del río Meles, de

donde le vino el nombre de *Melesigeno*. Tuvo por maestro á Femio, que enseñaba las letras y la música. Sus éxitos fueron rápidos y sucedió al maestro. No obstante estas ventajas meditaba sus poemas, y, deseoso de visitar las comarcas donde debía colocar sus héroes, emprendió un viaje. Después de haber visitado el Egipto, la Libia, la España, la Italia, llegó á Itaca, donde un mal de la vista, lo obligó á detenerse en casa de Mentor, que le dió numerosas instrucciones sobre Ulises. Vió enseguida las costas del Peloponeso y entró en Esmirna, donde habiendo quedado completamente ciego, recibió el nombre de «*Opñpos*», que significa *ciego* en el dialecto de Cima. Obligado por la miseria á abandonar su pátria, perdió, en Focea, sus poemas que le robó Testóridas. En ese tiempo concluyó la *Iliada*. Más tarde puso una escuela en Chios, y compuso la *Odissea*. Después se puso en camino para recitar sus poemas en las ciudades de la Grecia, pero la muerte lo arrebató en la isla de Yos.

El primer moderno que parece haber atacado formalmente las ideas emitidas sobre Homero en el Abate d' Aubignac, en sus «*Conjectures Academiques*» escritas en 1764, opinaba que los poemas la *Iliada* y la *Odissea* no eran, ni uno ni otro, obra de un mismo poeta; que era necesario ver en ellos la reunión de diversos poemas cantados separadamente en los antiguos tiempos de la Grecia, antes que Pisístrato emprendiese el trabajo de unirlos en un cuerpo de obra. Una opinión análoga se encuentra en los «*juicios de los sábios*» de Baillet (1685): «Hé oído decir á un hombre de letras de países extranjeros, que se trabaja en Alemania para hacer ver que jamás ha existido Homero, y que los poemas que llevan su nombre no son más que *rapsodias* ó recopilaciones, compuestas por los

críticos en diversas piezas de versos ó canciones separadas, á las cuales se ha dado unión y la continuidad que vemos hoy en día.» Cárlos Perrault, ajeno á la lucha de Antiguos y Modernos, reprodujo esas ideas; Boileau y casi todos los letrados no le atribuyeron ninguna importancia; se les puso en ridículo y no se les dignó refutar sus argumentos. No obstante Bentley, en 1723 (*Letter by Philalthenus Lipsiensis*, 7), reprodujo la tésis de d' Aubignac, y dijo que Homero «escribió una série de canciones y de rapsodias», y que «esas canciones separadas fueron reunidas bajo la forma de un poema épico, cerca de 500 años despues de él.» Vico en su *Scienza Mora* t.º III (1725) trató á fondo la cuestión todavía naciente, y, no obstante sus grandes errores en los detalles, dió origen á cálculos admirables, más allá de los cuales no han llegado los eruditos posteriores. Rebatió el Homero imaginado por los sofistas y que permanecía en las escuelas; hizo de este poeta la personificación de un largo período poético: el tipo de esos rápsodas que recorrían la Grecia cantando las aventuras heróicas. Para él las obras atribuídas á Homero pertenecían, no á un hombre, sinó á una série de hombres, á una série de generaciones; fueron empezadas en la juventud de la Grecia heróicas y terminadas en su vejez: cuatro siglos, por lo menos, separan la *Iliada* de la *Odisea* por los caracteres tan diferentes de Aquiles y de Ulises.

En 1770, R. Wood publicó un libro sobre el «Genio de Homero,» en el cual ventilaba la cuestión de averiguar si esos poemas habían sido ó no, primitivamente escritos. Este fué el fundamento de las investigaciones críticas expuestas por Wolf en sus *Prolegomena ad Homerum* (1795). Esté último entró en una minuciosa discusión sobre la edad

en que el arte de escribir fué introducido en la Grecia, y rebatió como fábulas groseras las tradiciones que atribuían la invención ó la introducción á Cadmio, á Cecrops, á Orfeo, á Lino ó á Palamedo. En seguida admitiendo que los caracteres de la escritura fueron conocidos en Grecia en una época muy antigua, insistió sobre la diferencia que existe entre el conocimiento de esos caracteres y su uso general para las obras literarias. La escritura, en los primeros tiempos, se emplea en inscripciones sobre los monumentos públicos; después, en la transcripciones de las leyes y de lo que se relaciona más de cerca con las necesidades de la vida social. Esto sucede en los pueblos donde falta, como entre los antiguos Griegos, la materia propia para recibir los signos de la escritura. Fué solamente hacia fines del siglo VII antes de nuestra era, que el *papyrus* fué transportado del Egipto á la Grecia. Las leyes de Licurgo no estaban escritas; las de Salenco, en 664, son citadas como las primeras que lo fueron. Las leyes de Solón, setenta años mas tarde, fueron escritas sobre tablas de madera. De todas estas consideraciones Wolf deduce que, antes del siglo VI y, por consiguiente, antes de la composición de los primeros trabajos en prosa, la escritura no se empleaba en obras tan considerables como los poemas de Homero. El erudito que Mr. Wolf ha combatido más en esta parte de su tesis, G. W. Nitzsch, no ha podido llegar á demostrar el uso de la escritura en la época en que fueron compuestos los poemas homéricos. Miller y otros filósofos encuentran en la versificación misma de esos poemas, libertades de contracción que habían dejado existir si hubieran sido escritos. Una prueba irrefutable de que no lo fueron, es la existencia en la época de su composición del *eliganmo solique*, sonido que, cuando se les

copió por primera vez, había desaparecido enteramente de la lengua. Gracias á esta particular aspiración, los numerosos hiatos que se mudaron más tarde en los poemas homéricos, no existían para el oído de los contemporáneos. Si esta aspiración hubiese sido marcada para la vista, por su signo, se podría preguntar cómo cincuenta ó sesenta mil *digammas*, habían podido desaparecer en las transcripciones, sin haberse tomado tal precaución.

(Continuará)

Sección Científica

Á CARGO DE ANGEL CÁRLOS MAGGIOLO

Acción mecánica de las radiaciones.—Publicamos á continuación un artículo tomado de «La Nature,» cuya importancia científica no escapará á nadie, sobre todo desde el punto de vista de la mecánica del Universo.

«Se sabe que todos los cuerpos se atraen siguiendo la gran ley descubierta por Newton; sin embargo su acción mútua no se limita á eso; las radiaciones, ya luminosas, ya oscuras, que se envían unos á otros, ejercen una acción repulsiva que en ciertos casos puede influir en gran parte en la acción resultante. Fresnel había ya entrevisto el origen de esta fuerza; Maxwell dió más tarde su expresión, motivos poderosos hallados por varios físicos nos obligan á admitir su existencia; por último, un joven físico ruso, Lebedef ha calculado algunos de sus efectos, bastante desatendidos. Hagamos notar, en primer lugar, que la fuerza atractiva es proporcional á las masas, es decir al cubo de las dimensiones, mientras que la fuerza repulsiva varía con las superficies, es decir, según el cuadrado del radio. De ahí ese eterno combate de los cuadrados y cubos en el que estos últimos son vencidos cuando las dimensiones llegan á ser pequeñas.»

«La enorme radiación del Sol no ejerce sobre la Tierra, acción apreciable alguna al lado de la atracción del astro central, superior al esfuerzo que podría soportar una barra de acero de 10.000 kilómetros de diámetro; pero no es lo mismo cuando se trata de la materia tan tenue que constituye la cola de los cometas; en éstos, mientras que la acción atractiva es sobre todo preponderante sobre el núcleo, la repulsión puede hacerse muy fuerte sobre la cola, sobre todo cuando no se encuentra abrigada por un cuerpo relativamente opaco; porque es necesario hacer notar también una diferencia en el modo de obrar de estas dos fuerzas: la atracción se ejerce (al menos así se cree) á través de todos los cuerpos; la repulsión se debilita en la misma medida que es absorbida por una pantalla. De este modo viene á encontrarse confirmado, por la física la hermosa teoría de la cola de los cometas que Mr. Faye profesaba hace más de diez años.

«La luz zodiacal, tan misteriosa, se encuentra también fácilmente explicada; la tierra, del mismo modo que un cometa posee una cola, (análoga por su formación á los remolinos que se observan hácia la parte inferior de los pilares de los puentes) siempre opuesta al Sol, pero tan débil, que solamente se la puede percibir cuando esta masa de *polvillo* cósmico es vista en su mayor longitud. Los diversos meridianos de la tierra pasan sucesivamente á su minuto debajo del origen de esta cola que se hace así visible en la dirección opuesta al Sol.»

El polo Norte.—Los esfuerzos repetidos por el hombre para arrancar al misterio el polo Boreal como todos sabemos no han obtenido éxito y á pesar de ser numerosas las expediciones efectuadas y variados los modos de llevarlas á cabo, la extremidad septentrional de nuestro pla-

neta y las grandes extensiones que la rodean permanecen todavía completamente desconocidas para nosotros y no ha faltado á quien ocurriera la idea de que nos es algún tanto humillante ese desconocimiento; ahora se está por conmemorar la obra gigantesca del descubrimiento de una mitad de nuestro globo que se asiste al feliz resultado del reconocimiento del continente africano y se celebra el éxito de las misiones organizadas.

Tal vez no sea del todo ajena á esta idea la casi simultaneidad con que se han presentado proyectos de expediciones polares.

Al presente á más de la de Nausen, cuyos detalles ya son conocidos, á efectuarse por mar y cuya ruta es indudablemente la más apropiada para ello, en Noruega un Sr. Ekroil ha proyectado otra en condiciones casi del todo diferentes. Piensa este señor hacer su viaje lo más posible por tierra, es decir por sobre los hielos á cuyo objeto ha inventado un aparato de locomoción que de un modo muy sencillo puede ser trasformado de trineo en canoa y vice versa, anula por consiguiente, con ese aparato, los multiples inconvenientes que proceden de la variación de los vientos y del tiempo cuando es preciso valerse de ellos, y hace depender principalmente el éxito del estado de los hielos y de la velocidad que se obtenga.

Seis viajeros ocuparían el trineo arrastrado por gran número de perros. La limitación del número de exploradores facilita en gran manera el aprovisionamiento y la reducción del equipaje resultado importantísimo que evita las dificultades de la alimentación y hace posible la obtención de una velocidad suficiente y necesaria.

En cuanto se reúnan los fondos necesarios que según la R. Scientifique de que tomamos estos datos de-

berán ser obtenidos con exclusión del gobierno Sueco que no parece dispuesto á costear empresas de ese género será aprestada la expedición que partirá en Junio de 1893, siendo transportado en navío hasta las cercanías del cabo Mon en las costas orientales del Spitzberg, de allí la dirigirá el Sr. Ekroll á la tierra de Getermand á fin de evitar los hielos flotantes del Oeste y del N. Oeste.

Espera encontrar al Norte de esa tierra un hielo mas compacto y marchar directamente hasta el polo. Si sucediera algún accidente ó se hiciese muy difícil el viaje por las malas condiciones temporales del hielo se dirigiría á Spitzberg donde se habrán preparado previamente depósitos de provisiones, si por el contrario las circunstancias son favorables proseguirá su ruta y hará estación despues de haber conseguido su objeto en las costas orientales ú occidentales de Groenlandia donde tambien se habrían preparado almacenes.

El trayecto total es aproximadamente de 1450 millas que el Sr. Ekroll cree poder hacer en 226 días ó sea á razón de unos 11 kilómetros por día.

Tambien «La Nature» nos dá la noticia de la partida de una misión al mando de Mr. Heilprin con el objeto de encontrar á Mr. Peary que partió en los últimos años á esas regiones con la intención de llegar á la bahía de Mac-Cornick situada á mas de 400 millas al Norte del mas septentrional de los establecimientos esquimales.

Esa misión ha sido organizada por la Academia de Ciencias Naturales de EE. UU. en N. York.

Crónica Universitaria

Debido al exceso de material, hemos tenido que suspender la publicación de varios sueltos de esta Sección; irán en el próximo número.